

contestó Benavides. Lo que yo digo, y conmigo los hombres de sana intención, es que el gobierno sigue una senda contraria á la que debía seguir, cuando ha tenido y tiene los mejores elementos en que apoyarse para establecer de una vez una Republica honrada y popular. Sería muy difuso si me pusiera á citar todas las inmoralidades, todas las intrigas de mala ley, todos los despilfarros, todos los actos atentatorios y de crueldad de que se acusa á los hombres del poder con mucho fundamento. No queremos que el gobierno se componga de ángeles ni que contente á todos, sino que no descontente á muchos adrede, no queremos, en suma, que esté dando pretextos y más pretextos para que volvamos á las asonadas. En esa virtud, creemos que es un crimen político que después de tantos sacrificios que ha hecho el país para conquistar su independencia, hoy no se le quiera dejar ni siquiera un átomo de libertad; sí, señores, es un crimen de alta traición matar en sus gérmenes á la democracia, porque esos atentados de corrupción y de violencia que se cometen en las urnas electorales, por ejemplo, serán un precedente fatal para el porvenir, porque desde ahora para lo sucesivo, tendremos aprendido á escarnecer el voto público y llegaremos á la decadencia antes de haber nacido á la vida republicana. Los hechos consumados y el principio de autoridad serán las palabras que sirvan para cubrir todas las infamias, se creará la indiferencia por las instituciones y ya no volveremos á tener en este país Presidentes, sino dictadores.

Casi todos los comensales estuvieron al último de acuerdo con el abogado, porque en aquel tiempo no había quien no leyera los periódicos de oposición.



## CAPITULO LXIV.

### *Los comentarios.*

Por última vez también van á acompañarnos los complacientes lectores al pueblecillo de Santa Ana Acatlán, en donde se encontraban reunidas todas las personas principales del lugar que habían salido á recibir al comandante Adrián Canales, quien regresaba de su expedición á México acompañado de sus fieles guerrilleros que también se daban sus humos de vencedores.

Una vez que se habían abrazado todos á una media legua de distancia á donde habían ido los hombres escoltando á la hermosa Refugio, pues las señoras y señoritas se habían quedado esperando en el portal á los viajeros, se encaminaron juntos á la casa de Adrián, que era ahora la principal del pueblo y que se encontraba adornada con arcos de flores y banderas. Allí la recepción fué más ruidosa, porque se encontraba casi todo el

pueblo reunido, y desde que desembocó la comitiva en la plaza hubo músicas, repiques y cohetes.

El licenciado Quiñones y el cura que deseaban vivamente oír la relación que de sus nuevas aventuras tenía que hacer el joven comandante, procuraron que la fiesta terminara lo más pronto posible, despidiendo amablemente á la concurrencia luego que cada cual hubo saboreado su copa de vino y sus pasteles.

Refugio entre tanto no se desprendía del brazo de Adrián, y solía decirle al oído:

—Mira, mira cómo te quieren todos; mira cómo aquí puedes ser más feliz que en ninguna otra parte.

Todavía el cura y el licenciado Quiñones tuvieron que moderar su impaciente curiosidad por una hora larga.

Después que se fueron las gentes que llenaban el portal, quedaban las familias con quienes Refugio cultivaba relaciones, así como las personas de la familia á quienes también se obsequió con refrescos.

Eran las once de la mañana cuando ya se encontraron solos los íntimos rodeando á Adrián, el cual invitado á referir todo lo que quisiera desembuchar, habló de esta manera:

—¿Recuerdan ustedes que me alejé del pueblo en los momentos en que había depuesto las armas y me preparaba á dedicarme al trabajo pacífico de mi tienda, recuerdan ustedes que me fuí invitado por el señor Juárez á que me le presentara para que echáramos un párrafo? Lo echamos efectivamente en el palacio de San Luis Potosí, en donde me recibió y me agasajó de un modo excepcionalmente amable. Apenas lo creían las personas que lo vieron, y apenas lo creía yo mismo que todo un Presidente me llamara, á mí, el más humilde de los guerrilleros, para

darme un abrazo y para decirme que pidiera lo que quisiera. No le pedí nada, reservándome para cuando estuviera en México, pero sí quedé muy contento de la acogida regia que nos dió á mí y á mis compañeros: aquí está Tomás que no me dejará mentir.

—En efecto, fuimos muy *chiquiados* por el gobierno y hasta se nos convidó á comer, dijo Tomás lamiéndose los labios.

—De San Luis nos fuimos á Querétaro, en donde vimos fusilar á Maximiliano y á los generales Miramón y Mejía, y en donde tuvimos el gusto de encontrar á los simpáticos oficiales Robles y dos de sus camaradas, menos al capitán Montero que murió en el desgraciado combate del Cerro del Cimatario. Tuvimos allí dos días de charla con esos buenos amigos, y como ellos nos hicieran instancia para que no regresáramos á nuestro pueblo sin conocer antes la Capital de la República, y nosotros también estábamos alborotados para presenciar la entrada del gobierno, nos fuimos en una diligencia y llegamos á México alojándonos en el hotel de la Bella Unión.

Aquí Adrián relató muchos incidentes que le fueron comunicados de la campaña heroica que había hecho el general Porfirio Díaz en los Estados de Oriente, la toma asombrosa de la ciudad de Puebla el 2 de Abril y la derrota inmediata de Márquez que iba con lo más florido del ejército imperialista en auxilio de la plaza, y el estado lamentable en que el sitio de dos meses había puesto á la Capital, en donde reinaban, cuando ellos llegaron, la miseria, el hambre, la peste y todas las demás calamidades que son el contagio indispensable de la otra gran calamidad que se llama la guerra.

Contó en seguida cómo estuvo la entrada del gobier-

no y de sus tropas, y cómo los habitantes recobraron á poco la tranquilidad y el buen humor, siendo la República nuevamente establecida y reanudados el tráfico y el movimiento del comercio y de las industrias.

Relató con entusiasmo creciente los amores de Julio Robles y de Luis Velázquez, pintando á sus novias Elvira y Eva Fregoso con tintes de vivos colores. Eran unas muchachas pobres, pero ¡qué bellas! y ¡qué virtuosas! y ¡qué simpáticas! y ¡qué juiciosas! y ¡qué trabajadoras! y ¡qué fieles! y ¡qué buenas!

—A Julio Robles y á Luis Velázquez los hizo Corona tenientes coroneles, con mando de cuerpo luego que llegaron á la Capital; pero los dos llevaron un gradísimo susto cuando se esparció la noticia de que se iba á disolver la mayor parte del ejército de Occidente, que era en su mayor parte compuesto de reclutas y mandado por oficiales improvisados, comenzando por el general en jefe, que de simple empleado de una tienda de comercio (como yo) había salido á dar principio á su carrera militar, y siguiendo por los otros que eran abogados, médicos, rancheros y hasta artesanos. (Tolentino era barbero en Tepic.) Mis amigos, pues, se pusieron tristísimos luego que fueron impuestos de este rumor que circuló con mucha insistencia, y que se empezó á ver realizado luego que se dieron las gracias á Porfirio Díaz, á Vicente Riva Palacio, á Toledo, á Granados y á otros muchos generales y coroneles que figuraron en primera línea, á quienes se despachó á sus casas (los que las tuvieron) sin pagarles el dineral que se les quedó debiendo en toda la campaña. . . .

—Con que se hizo eso, interrumpió el licenciado Quiñones, ¿se cometió tal ingratitud?

—Se licenció á la mayor parte del ejército, porque

es imposible que la Nación, y menos en las circunstancias en que se encuentra en estos momentos el erario, pueda sostener sesenta mil hombres.

—El problema, en efecto, era difícil de resolverse, siguió diciendo el abogado; pero debió haberse pensado antes que todo en no discontentar á los hombres que expusieron tantas veces su vida para salvar á la patria, porque éstos además del cumplimiento de un deber, iban buscando también alguna recompensa. ¿De qué les sirvió, pues, ganar sus ascensos uno á uno, distinguiéndose en los combates, si después de haber llegado á ser comandantes, coroneles y generales, se encontraban con que el día menos pensado ya no eran nada?

—Eso era lo que me reservaba á decir á ustedes en seguida, contestó Adrián: que aunque los jefes todos á quienes se licenció se sometieron á su suerte con festiva resignación, en los corrillos, hablando privadamente, pusieron de oro y azul al gobierno, dando á entender con toda claridad que ya no eran los amigos de Juárez y sus ministros, sino sus enemigos más encarnizados, una vez que su firme adhesión se la pagaban con una marcada ingratitud. Ellos decían: es cierto que la Nación no puede pagar este ejército; pero debió haberse hecho una selección justa de jefes y oficiales, prefiriendo á los que tuvieron mayores méritos, y en seguida debía haberse preferido á los demás para los distintos ramos de la administración. Lo que hizo los descontentos no fué la separación brusca que sufrieron de sus respectivos cuerpos de ejército, sino la forma, la forma que fué impolítica en supremo grado, porque vieron claramente que los ministros quisieron rodearse de favoritos y no de patriotas. Algunos como el general Díaz crecieron más porque se vió que Juárez lo

que quería era que no se quedara ninguno dentro de la administración que pudiera hacerle sombra, porque estaba resuelto á apelar á toda clase de medios para mantenerse en un poder que con tanta constancia había sostenido á través de tantas vicisitudes. Si había expuesto su vida, si había pasado trabajos durante la lucha, ¿por qué no había de disfrutar ahora tranquilamente de lo que su trabajo le había costado?

—Pues lo que yo me temo, y lo mismo pensamos todos aquí al ver los periódicos que nos llegan de Guadalajara con tantas noticias alarmantes, es que vuelva á encenderse la guerra civil, ¿no es verdad, señor cura?

—Es verdad, señor licenciado, ya varias veces hemos emitido tal opinión.

—Sobre todo, por la Convocatoria anticonstitucional de Lerdo de Tejada, dijo el boticario.

—Y por las crueldades que está cometiendo el ministro de la guerra, dijo el dependiente de la tienda á su vez, que como todos los del pueblo estaba ya muy dado á la política.

—¿Qué crueldades? preguntó una de las señoras.

—Pues nada menos que mandar matar, sin forma de juicio, á cuantos se pronuncian.

Tomás, que no quería quedarse sin mojar su sopa, dijo á su vez:

—Adrián, por el cariño particular que profesa á don Benito Juárez, no dice todo lo que hemos venido oyendo por el camino. No hay quien no sea de opinión de que en estos momentos lo mejor que puede hacer es retirarse del gobierno para conservar toda la gloria que le hicieron ganar la constancia y el valor con que ha sostenido la bandera de la República en medio de tantos peligros como ha te-

nido que correr; porque ahora para organizar la administración, consolidar la paz y hacer respetables las instituciones, se necesita un hombre de otro temple.

—¿De qué clase de temple? preguntó el abogado.

—Según oí decir, de uno que no se deje dominar por los ministros ni gobierne con camarillas.

Como se ve, aquel guerrillero algo inculto, el segundo de Adrián en la campaña de caminos y encrucijadas, se había limado mucho con el viaje y ahora parecía hasta personaje político de segunda fila.

—Sí, es verdad que yo soy apasionado de Juárez, contestó Adrián; pero amor no quita conocimiento. Yo también soy de los que creen que aunque el señor Lerdo de Tejada tiene un grandísimo talento, como es caprichoso y soberbio, más perjudica que sirve en la administración. Si el señor Juárez hubiera cambiado de ministerio al llegar á la Capital, haciendo ingresar á tantos hombres populares que hay como Porfirio Díaz, Riva Palacio, Altamirano y otros, ahora estaría su gobierno sumamente prestigiado y querido, pues según la marcha que lleva, cada paso que da es un desacierto ó un atentado, que van sembrando por todas partes el descontento general. Si yo no fuera tímido, si yo no hubiera tenido tanto encogimiento al despedirme del señor Juárez y le hubiera dicho: —señor, deje usted ese cargo que no le ha de causar más que sinsabores en el porvenir. Usted para ser grande, muy grande, para ser inmortal, ya no necesita estar en este potro de tormentos; pero si usted, por disfrutar de las satisfacciones que da el poder, quiere permanecer en él á todo trance, conserve la amistad de todos los que lo sostuvieron á pesar de su golpe de Estado dado en el Paso del Norte en la hora del peligro, y sobre todo, haga

que se cumplan y se respeten las instituciones. Todas esas muchedumbres que empuñaron las armas, no fué sólo para defender la independencia, sino también la libertad. Ellas no han querido seguramente derribar á un tirano de corona y cetro, para echarse encima otro tirano de frac negro: ellas todas lo que habían querido es hacer la conquista de una nación independiente, pero gobernada con su Constitución liberal. Para tener continuas suspensiones de las garantías individuales por cualquier pronunciamiento de cuatro gatos, para ver que semata por todas partes con menos forma de juicio que lo hacían las cortes marciales, para seguir con los mismos despilfarros que tenía el imperio y hacer continuados atropellos á las instituciones por cada cacique de los que se han puesto en los Estados, no valía la pena de que se hubieran hecho tantos sacrificios, ni de que tanta sangre se hubiera derramado. Abra usted los ojos, señor, y vea que su ministro Lerdo, y usted también, quizás inconscientemente, nos van arrastrando al abismo, esto es, á la intervención definitiva, de alguna nación fuerte que por humanidad venga á ponernos en juicio á cintarazos, haciendo previamente la declaración de que somos incapaces para gobernarnos por nosotros mismos. Termine usted su obra grandiosa, señor, obrando patrióticamente. Deje usted la nave del Estado si no puede, como buen piloto dirigirla por aguas tranquilas: es mejor el bien de todos que la obstinación. Es mejor dejar á tiempo detrás de sí un reguero de gloria y de bendiciones, que arroyos de lágrimas y de sangre llenos de maldiciones. Abra los ojos, señor, vea el abismo, sálvese usted y sálvenos también á nosotros, salve á la libertad, salve á la patria! Esto hubiera dicho yo al señor Juárez, si no le hubiera profesado tanta veneración. Lo que hice fué

abrazarlo con ternura al despedirme de él y derramé una lágrima, una lágrima que se deslizó silenciosa por mis mejillas, que significaba á la vez honda tristeza por el porvenir de la patria.

—Habla bien este muchacho, exclamó el cura entusiasmado.

Refugio se acercó é hizo á Adrián una caricia muy expresiva.

Todos los demás festejaron igualmente aquel discurso.

—En resumidas cuentas. . . dijo el boticario.

—En resumidas cuentas, contestó Tomás, no se pasarán cinco meses sin que tengamos otra vez encima la revolución.

—¿Pero por qué, Dios mío? preguntó una de las tías de Refugio.

—Porque hombre, siguió diciendo Tomás, en todas partes se les están imponiendo á los pueblos autoridades arbitrarias, gobernadores ignorantes y sanguinarios; por todas partes se está violando el sufragio público; por todas partes se están cometiendo grandes delitos que quedan impunes; por todas partes reina la inseguridad y la desconfianza, de tal modo, que algunas gentes echan de menos las garantías que daban los franceses en las poblaciones que ellos ocupaban como conquistadores.

Aquí se llegaba de la conversación, cuando el cura se levantó murmurando:

—En fin, nosotros no hemos de ser los que componemos el mundo.

En esos momentos se oyó el ruido de la diligencia, y poco después se presentó Patricio que había llegado en ella de Guadalajara.

En la noche anterior había reinado gran excitación en aquella ciudad: se había sabido que González Ortega había sido envenenado en el Saltillo, que el general Patoni había sido fusilado en Durango por orden del general Canto, que se había hecho una hecatombe en Puebla y que los generales Toledo y Granados que tan buenos servicios habían prestado á la República, acababan de ser sentenciados á muerte por el general Escobedo.

Además, se susurraba también que el general Guadarrama había chocado con el gobernador de Jalisco Gómez Cuervo y que estaba intentando pronunciarse.

En fin, el comercio estaba alarmado y los viejos liberales con el alma en un hilo.

—Lo dicho, exclamó Quiñones, Adrián tendrá que volver á organizar su guerrilla.

—Protesto, contestó Adrián, yo defenderé á mi patria del dominio extranjero siempre que se ofrezca; pero no me mezclaré en las guerras civiles, cualesquiera que sean las circunstancias, ni menos pelearé jamás contra el Presidente don Benito Juárez.


Todos se despidieron, y por la noche, ya cuando Adrián estuvo solo con su mujercita y su hijo, los abrazó y los llenó de besos.

—Aquí es donde está la felicidad y no en otra parte, exclamó.

Refugio también lo besó y le dijo:

—Por mi parte, haré cuanto pueda para que vivas contento.

Y efectivamente, aquella fué la noche más feliz de Adrián y Refugio.



## CAPITULO LXV.

### *La Ciudadela.*

Las pasiones políticas se desencadenaron produciendo el desasosiego más espantoso en la sociedad; en el parlamento mexicano se libraron batallas de palabra enormemente tempestuosas; los pequeños pronunciamientos aparecieron como fuegos fatuos por todos lados de uno á otro confin de la República; la lucha de los periódicos gobiernistas y de oposición, en que no se tenía ningún miramiento, atizaba tenazmente la discordia; tras de las pequeñas chispas revolucionarias vinieron los grandes movimientos armados, rebelándose contra el poder central varios generales y gobernadores; los acontecimientos entonces se desarrollaron con vertiginosa rapidez, y todavía el gobierno no acababa de vencer un obstáculo cuando se le presentaban otros y otros que le hacían difícil la vida, porque se le agotaban los recursos y menguaban más y